

hasta romperlos. Los criados se despertaron sobresaltados. El general, gritando siempre, abrió las ventanas, llamó á los gendarmes, cogió las pistolas y las disparó para acelerar la marcha de los jinetes y la presencia de los criados y de los vecinos. Los perros reconocieron la voz de su amo y ladraron, y los caballos relincharon y piafaron. En medio de aquella noche tranquila, aquello fué un tumulto espantoso. Cuando bajaba por las escaleras para perseguir á su hija, el general vió que sus criados, asustados, aparecían por todas partes.

—¡Mi hija!... ¡Elena ha sido secuestrada! ¡Id por el jardín! ¡Guardad la calle! ¡Abrid á los gendarmes! ¡Al asesino!

En seguida, haciendo un rabioso esfuerzo, rompió la cadena que retenía al perro guardián y le dijo:

—¡Elena! ¡Elena!

El perro saltó como un león, ladró furiosamente y se encaminó al jardín con tal rapidez, que el general no pudo seguirle. En este momento, el galope de dos caballos resonó en la calle y el general se apresuró á abrir la puerta.

—¡Sargento—exclamó—vaya usted á cortar la retirada al asesino del señor Mauny, que se escapa por mis jardines! ¡Pronto! ¡Cortadle el camino por la parte de Picardía!... ¡Yo voy á dar una batida por todas las tierras, parques y casas! Vosotros—dijo á sus criados—vigilad las calles y el espacio que hay entre la barrera y Versalles. ¡Adelante todos!

Y cogiendo una escopeta que le llevó su ayuda de cámara, se encaminó al jardín, gritándole al perro:

—¡Busca!

Espantosos ladridos le respondieron á lo lejos, tomando él la dirección que le indicaba la fatigosa respiración del animal.

A las siete de la mañana, las pesquisas de la gendarmaría, de los criados y de los vecinos habían sido inútiles. El perro no había vuelto. El marqués, reventado de cansancio y anonadado por la pena, volvió á su salón, que le pareció desierto, á pesar de que estaban en él sus tres hijos.

—¡Qué fría se ha mostrado usted con ella!—dijo mirando á su mujer. — ¡He aquí el único recuerdo que nos deja! —añadió señalando el bastidor, donde se veía una flor comenzada.—Hace un momento estaba aún aquí, mientras que ahora está perdida... perdida para siempre.

Y dichas estas palabras, el anciano lloró, escondió la ca-

beza entre las manos y permaneció un momento silencioso, sin atreverse á contemplar aquel salón, que ofrecía poco antes el cuadro más encantador de felicidad doméstica. Los resplandores de la aurora luchaban con las expirantes lámparas y las bujías consumían ya sus cabos: todo estaba en armonía con la desesperación de aquel padre.

—Será preciso destruir esto — dijo después de un momento de silencio, señalando el bastidor.— Me sería imposible ver nada que pueda recordármela.

La terrible noche de Navidad, durante la cual el marqués y su mujer tuvieron la desgracia de perder á su hija mayor, sin haber podido oponerse al extraño dominio ejercido por su involuntario raptor, pareció ser un aviso de la Providencia. La quiebra de un agente de cambio arruinó al marqués, el cual tuvo que hipotecar los bienes de su mujer para llevar á cabo un negocio, cuyos beneficios habían de restituírle su primitiva fortuna; pero este negocio acabó de arruinarle. Arrastrado por su desesperación á intentarlo todo, el general se expatrió. Seis años habían transcurrido desde su marcha, y, aunque su familia tuvo muy rara vez noticias suyas, algunos días antes de que España reconociese la independencia de las Repúblicas americanas, les anunció su vuelta.

Una hermosa mañana, algunos negociantes franceses, impacientes por volver á su patria con riquezas adquiridas á costa de rudos trabajos y de peligrosos viajes á Méjico ó á Colombia, se encontraban, á algunas leguas de Burdeos, en un bergantín español. Un hombre, envejecido por las fatigas ó por las penas, más bien que por los años, estaba apoyado en el empalletado y parecía insensible al espectáculo que se desarrollaba ante los ojos de los pasajeros que estaban agrupados en el combés. Libres ya de los peligros de la navegación y animados por la hermosura del tiempo, habían subido todos á cubierta, como para saludar á la tierra natal. La mayor parte de ellos querían ver á lo lejos los faros, los edificios de Gascuña y la torre de Cordouán, mezclados con las creaciones fantásticas de algunas nubes blancas que cubrían el horizonte. Estaba el mar tan tranquilo que, si no fuese por la franja plateada que se formaba delante del bergantín y por el largo surco que dejaba tras sí, los viajeros hubieran podido creerse inmóviles en medio del Océano. El cielo gozaba de una pureza maravillosa. Por in-

sensibles gradaciones, el color azulado de su bóveda llegaba á confundirse con el color de las aguas, señalando este punto de unión una línea cuya claridad brillaba como brillan las estrellas. El sol hacía centellear millares de facetas en la inmensa extensión del mar, resultando de aquí que las vastas llanuras del agua eran, sin duda, más luminosas que las regiones del firmamento. El bergantín tenía todas sus velas hinchadas por un viento de maravillosa bonanza, y aquellas sábanas tan blancas como la nieve, aquellos pabellones flotantes, aquel dédalo de cuerdas, se dibujaban admirablemente en el brillante fondo del aire del cielo y del Océano, sin recibir más matices que los proyectados por las vaporosas telas. Un día hermoso, un viento fresco, la vista de la patria, un mar tranquilo, un melancólico murmullo, un bonito y solitario bergantín, formaban un cuadro lleno de armonía, una escena en que el alma humana podía abrazar inmutables espacios, partiendo de un punto en que todo era movimiento. Había allí un asombroso contraste de soledad y de vida, de silencio y de ruido, sin que pudiese saberse dónde estaba el ruido y la vida, la nada y el silencio. Por eso, ninguna voz humana se atrevía á romper aquel celestial encanto: el capitán español, los marineros y los franceses permanecieron sentados ó de pie, sumidos todos en un éxtasis religioso lleno de recuerdos. Sus radiantes rostros acusaban un olvido completo de los males pasados, y aquellos hombres se balanceaban en el ligero navío, cual pudieran hacerlo en un grato sueño. Empero, de vez en cuando, el viajero apoyado en el empalmetado, miraba el horizonte con una especie de inquietud. Todas sus facciones acusaban desconfianza de la suerte, y le parecía que no llegaba bastante pronto á tocar tierra de Francia. Este hombre era el marqués. La suerte no se había mostrado sorda á los gritos y á los esfuerzos de su desesperación. Después de cinco años de tentativas y de penosos trabajos, llegó á verse dueño de una considerable fortuna. Llevado de su impaciencia de volver á ver su país y de llevar la dicha á su familia, había seguido el ejemplo de algunos negociantes franceses de la Habana, embarcándose en un navío español, que llevaba carga para Burdeos. Sin embargo, su imaginación, cansada de prever el mal, le trazaba las imágenes más deliciosas de su dicha pasada. Viendo en lontananza la obscura línea descrita por la tierra, creía con-

templar á su mujer y á sus hijos, creía verse en su hogar y creía sentirse acariciado y abrazado. Se figuraba á Moína hermosa y mujer ya. Cuando este cuadro fantástico tomó tintes de realidad, las lágrimas acudieron á sus ojos, y, para ocultar su turbación, se volvió hacia el horizonte acuoso, opuesto á la línea negra que anunciaba tierra.

—¡Es él!—dijo—¡es él, y nos sigue!

—¿Qué hay?—preguntó el capitán español.

—Un navío—repuso en voz baja el general.

—Ya lo vi ayer—respondió el capitán Gómez, que contempló al francés como para interrogarle.—Viene dándonos caza desde que nos ha visto—dijo al oído del general.

—Y no comprendo cómo no ha podido unírseos — repuso el antiguo militar, —siendo, como es, mejor velero que vuestro condenado *San Fernando*.

—Habrá tenido averías; alguna vía de agua...

—Pero me parece que nos toma ventaja — exclamó el francés.

—Lo malo es que se trata de un corsario colombiano. Nosotros estamos aún á seis leguas de tierra, y el viento disminuye—le dijo el capitán al oído.

—Lo que hace ahora no es marchar, sino volar, como si supiese que dentro de dos horas se le habrá escapado la presa. ¡Qué atrevimiento!

—¡El!—exclamó el capitán—¡ya lo creí! No en vano se llama *Otelo*. Ultimamente, y á pesar de no tener más que treinta cañones, apresó una fragata española. Es el único que me causaba miedo, porque ya sabía yo que cruzaba el mar de las Antillas... ¡Ah! ¡ah! — repuso después de una pausa, durante la cual miró las velas de su bergantín — el viento aumenta, y me parece que llegaremos. Si no fuese así, desgraciados de nosotros; pues el Parisiense se mostraría implacable.

—¡Pero él también llega!—respondió el marqués.

En efecto, el *Otelo* no estaba á más de tres millas de distancia. Aunque la tripulación no hubiese oído la conversación del marqués y del capitán Gómez, la aparición de aquella vela llevó á la mayor parte de los marineros y de los pasajeros al lugar en que estaban los dos interlocutores; pero, tomando casi todos al bergantín por un buque mercante, lo veían llegar con interés, cuando un marinero exclamó de pronto en lenguaje enérgico:

—¡Por Santiago, que estamos perdidos! ¡Ahí está el capitán parisiense!...

Al oír este terrible nombre, el espanto y la confusión se apoderaron de toda la gente del bergantín. El capitán español imprimió con su palabra una energía momentánea á sus marineros y, en medio de este peligro, queriendo llegar á tierra á toda costa, mandó extender todas las velas altas y bajas de babor y estribor, para presentar al viento toda la superficie de tela que abrazaban sus vergas. Pero las maniobras no se llevaron á cabo sin grandes dificultades, y carecieron, como es natural, de esa admirable armonía que tanto seduce en un navío de guerra. Aunque el *Otelo* volase como una golondrina, gracias á la orientación de sus velas, ganaba, sin embargo, tan poco en apariencia, que los desgraciados franceses llegaron á hacerse una grata ilusión. De pronto, en el momento en que después de inauditos esfuerzos tomaba el *San Fernando* alguna velocidad, gracias á las hábiles maniobras á que Gómez había ayudado en persona con el gesto y con la voz, por un falso golpe de timón, voluntario, sin duda, el timonel puso el bergantín de través. Las velas, golpeadas de costado por el viento, giraron tan bruscamente, que los botalones se rompieron, y el bergantín quedó completamente desmantelado. Una rabia inexplicable puso al capitán más pálido que las velas: de un solo salto llegó hasta el timonel y le dirigió tan furioso golpe con su puñal, que no le alcanzó, pero lo precipitó al mar. Acto continuo se apoderó de la barra y procuró remediar el espantoso desorden que revolucionaba á su ligero y valiente navío. Lágrimas de desesperación rodaban por sus mejillas, lo cual era muy natural, toda vez que experimentamos más pena por una traición que destruye un resultado debido á nuestro talento, que por la muerte misma. Pero cuanto más juró el capitán, menos se consiguió. El mismo disparó el cañón de alarma, esperando ser oído desde la costa. En aquel momento, el corsario, que llegaba con desesperante rapidez, respondió con un cañonazo, cuya bala fué á caer á diez toesas del *San Fernando*.

—¡Mil truenos! — exclamó el general. — ¡Qué bien ha apuntado! Al parecer, llevan coronadas hechas á propósito.

—¡Oh! cuando ese habla, crea usted que hay que callar — respondió el marinero. — El Parisiense no temería á un buque inglés.

—¡Todo está perdido! — exclamó con acento de desesperación el capitán, el cual, habiendo echado mano de su antejo, no distinguió nada por la parte de tierra. — Aun estamos más lejos de Francia de lo que yo creía.

—Pero ¿por qué desolarse? — repuso el general. — Todos los pasajeros son franceses que han fletado este buque. ¿No dice usted que ese corsario es parisiense? Pues bien, ice usted pabellón blanco, y...

—Y nos echará á pique — respondió el capitán. — Es hombre que cuando quiere apoderarse de una rica presa, no retrocede ante nada.

—¡Ah! si es pirata...

—¿Pirata? — dijo el marinero con aire feroz. — ¡Ca! siempre está en regla, ó al menos aparenta estarlo.

—Pues bien — exclamó el general levantando los ojos al cielo, — resignémonos.

Y haciendo un violento esfuerzo, logró contener las lágrimas.

Cuando acababa de decir estas palabras, un segundo cañonazo, mejor dirigido que el primero, envió al casco del *San Fernando* una bala que lo atravesó.

—Poned el buque al paio — dijo el capitán con aire triste.

La tripulación y pasajeros esperaron durante una mortal media hora, llenos de profunda consternación. El *San Fernando* llevaba cuatro millones en piastras, que componía la fortuna de cinco viajeros y la del general, que ascendía á un millón cien mil francos. Por fin, el *Otelo*, que se encontraba á diez tiros de fusil, mostró distintamente las amenazadoras bocas de doce cañones dispuestos á hacer fuego. Parecía llevado por un viento que el diablo soprase expresamente para él. Pero el ojo de un marino hábil hubiese adivinado fácilmente el secreto de aquella rapidez. Bastaba contemplar un momento la forma prolongada del bergantín, su estrechez, la elevación de su arboladura, el corte de sus velas, la admirable ligereza de su aparejo y la facilidad con que todos los marineros, unidos como un solo hombre, manejaban todo su velamen. Todo anunciaba una increíble seguridad de poder en aquella criatura de madera, tan rápida y tan inteligente como puede serlo un corcel ó un ave de rapina. La tripulación del corsario se mantenía silenciosa y dispuesta, en caso de resistencia, á devorar al pobre buque

mercante, que, por fortuna para él, se mantuvo quieto como un escolar cogido *in fraganti* por el maestro.

—¡Tenemos cañones!—exclamó el general estrechando la mano del capitán español.

Este último dirigió al militar una mirada llena de valor y de desesperación, diciéndole:

—Y ¿hombres?

El marqués echó un vistazo á la tripulación del *San Fernando* y se estremeció. Los cuatro negociantes estaban pálidos y temblorosos, mientras que los marineros, agrupados, parecían concentrarse para ponerse de parte del *Otelo* y miraban al corsario con ávida curiosidad. El contraestre, el capitán y el marqués eran los únicos que cambiaban entre sí elocuentes y consoladoras miradas.

—¡Ah capitán Gómez! ¡no ha mucho aún que tuve que decir adiós á mi país y á mi familia, con el corazón muerto de amargura! ¿Me verá precisado de nuevo á separarme de ellos, en el momento en que llevo la alegría y la dicha á mis hijos?

El general se volvió hacia el mar para ocultar las lágrimas que la rabia le arrancaba, y entonces vió al timonel, que iba nadando hacia el corsario.

—Esta vez, me parece que le dirá usted adiós para siempre—respondió el capitán.

En este momento, los dos navíos estaban casi juntos, y el general, al ver la tripulación del enemigo, creyó en la fatal profecía de Gómez. Tres hombres se mantenían al pie de cada cañón, y al ver su estatura atlética, sus facciones angulosas y sus brazos nervudos y desnudos, cualquiera los hubiera tomado por estatuas de bronce. La muerte podría matarlos, pero no derribarlos. Los marineros, bien armados, ágiles, activos y vigorosos, permanecían inmóviles. Todos aquellos enérgicos rostros estaban atrozmente tostados por el sol y endurecidos por los trabajos. Sus ojos brillaban como brasas y anunciaban inteligencias enérgicas é infernales goces. El profundo silencio que reinaba en el combés, plagado de hombres y de sombreros, era una prueba de la implacable disciplina que alguna potente voluntad había impuesto á aquellos demonios humanos. El jefe estaba al lado del palo mayor, de pie, con los brazos cruzados y sin más armas que una hacha que se veía á sus pies. Para defenderse del sol llevaba un sombrero de fieltro, de

anchas alas, cuya sombra le escondía el rostro. Semejantes á perros acostados ante su amo, cañoneros, soldados y marineros volvían alternativamente sus ojos hacia su capitán y hacia el navío mercante. Cuando los dos bergantines se tocaron, la sacudida sacó al corsario de su sueño, y entonces éste dijo dos palabras al oído á un joven oficial que se mantenía á dos pasos de él.

—¡Los garfios de abordaje!—exclamó el teniente.

Y el *San Fernando* quedó enganchado al *Otelo* con una prontitud milagrosa. Siguiendo las órdenes dadas en voz baja por el corsario y repetidas por el teniente, los hombres designados para cada servicio fueron con el mayor recogimiento á la cubierta del barco apresado á atar las manos á los marineros y á los pasajeros y á apoderarse de los tesoros. Los toneles llenos de piastras, los víveres y el equipaje del *San Fernando* fueron transportados en un momento al puente del *Otelo*. El general se creía bajo la influencia de un sueño cuando se vió con las manos atadas y tumbado sobre un fardo, como si él mismo fuese una mercancía. Entre el corsario, su teniente y uno de los marineros, que parecía desempeñar las funciones del contraestre, tenía lugar una conferencia. Cuando la discusión, que fué corta, quedó terminada, el marinero silbó á sus hombres, y á una orden que les dió, saltaron todos al *San Fernando*, treparon por los palos y empezaron á despojarlo de las velas, de las vergas y de los aparejos, con tanta prontitud como la que emplea un soldado en desnudar en el campo de batalla á un compañero muerto cuyos zapatos y capote eran objeto de su codicia.

—¡Estamos perdidos!—dijo fríamente al marqués el capitán español, que había espiado con la mirada los gestos de los tres jefes mientras había durado la deliberación, y cuando los marineros procedían al pillaje de su bergantín.

—¿Por qué?—preguntó fríamente el general.

—¿Qué quiere usted que hagan de nosotros?—respondió el español.—Sin duda acaban de reconocer que encontrarían dificultades para vender el *San Fernando* en los puertos de Francia ó de España, y van á echarlo á pique para desembarazarse de él. Respecto á nosotros, ¿cree usted que se encargarán de mantenernos, no sabiendo, como no saben, en qué puerto dejarnos?

Apenas acababa de pronunciar estas palabras el capitán, cuando el general oyó un horrible clamoreo, seguido de un

ruido sordo causado por la caída de varios cuerpos en el mar. Se volvió y ya no vió á los cuatro negociantes. Ocho cañoneros de feroces rostros tenían aún los brazos levantados en el momento en que el militar les miraba con terror.

—¡Cuando yo se lo decía á usted!—dijo fríamente el capitán español.

El marqués se levantó bruscamente; pero el mar había recobrado ya su calma, y no logró ver siquiera el lugar en que sus desgraciados compañeros acababan de hundirse: en aquel momento, con los pies y las manos atados, rodaban bajo las olas, si los peces no los habían devorado ya. A algunos pasos de él, el pérfido timonel y el marinero del *San Fernando*, que alababa poco antes el poder del capitán parisiense, fraternizaban con los corsarios y les señalaban con el dedo á aquellos marineros del bergantín que creían dignos de ser incorporados á la tripulación del *Otelo*; respecto á los demás, dos grumetes les ataban ya los pies, á pesar de sus espantosos juramentos. Terminada la elección, los ocho marineros se apoderaron de los condenados y los lanzaron, sin ceremonia, al mar. Los corsarios miraban con pérfida curiosidad las diferentes maneras como caían aquellos hombres, sus muecas y su última tortura; pero sus rostros no expresaban asombro, burla, ni piedad. Aquello era para ellos un acontecimiento sencillísimo, al que parecían acostumbrados. Los más viejos contemplaban preferentemente con sombría sonrisa los toneles llenos de piastras depositados al pie del palo mayor. El general y el capitán Gómez, sentados sobre un fardo, se consultaban en silencio con impávida mirada. Muy pronto llegaron á ser los únicos que quedaban vivos, de toda la tripulación del *San Fernando*. Los siete marineros, escogidos por los dos espías entre la tripulación española, se habían metamorfoseado ya alegremente en peruanos.

—¡Qué atroces pillos!—exclamó de pronto el general, cuya leal y generosa indignación le hizo olvidar la prudencia y su triste situación.

—Obedecen á la necesidad—respondió fríamente Gómez.—Si volviese usted á encontrar alguna vez á alguno de esos hombres, ¿no le atravesaría el cuerpo con la espada?

—Capitán—dijo el teniente volviéndose hacia el español,—el Parisiense ha oído hablar de usted. Según dice, es usted el único hombre que conoce bien los estrechos de las Antillas y las costas del Brasil. ¿Quiere usted...?

El capitán interrumpió al joven teniente con una exclamación de desprecio y respondió:

—Sabré morir como buen marino, como español fiel, como cristiano... ¿Me entiende usted?

—¡Al mar, pues!—gritó el joven.

Al oír esta orden, dos cañoneros se apoderaron de Gómez.

—¡Qué cobardes sois!—exclamó el general deteniendo á los dos corsarios.

—Señor viejo, no se entusiasme usted—le dijo el teniente.—Si su condecoración infunde algún respeto á nuestro capitán, á mí me tiene sin cuidado... En seguida tendremos una pequeña conferencia.

En este momento, un ruido sordo, al que no se mezcló ninguna queja, hizo comprender al general que el valiente Gómez había muerto como marino.

—¡Mi fortuna ó la muerte!—exclamó el general en un acceso de rabia.

—¡Ah! veo que es usted razonable—le respondió el corsario irónicamente.—Ahora puede usted estar seguro de que sacará algo de nosotros...

Y á una seña suya, dos marineros se dispusieron á atar los pies al general; pero éste, atacánolos con imprevista audacia y echando mano del sable que tenía en el cinto el teniente, empezó á defenderse como antiguo general de caballería que conocía su oficio.

—¡Ah! ¡bandidos! ¡os aseguro que no arrojaréis al agua, como si fuese un bulto, á un antiguo soldado de Napoleón!

Algunos pistoletazos, disparados casi á boca de jarro sobre el francés, llamaron la atención del Parisiense, ocupado á la sazón en dirigir el transporte de los aparejos del *San Fernando*. Sin conmoverse, se apresuró á coger por detrás al valeroso general, lo levantó rápidamente, lo llevó á un extremo del buque, y ya se disponía á arrojarlo al agua, cuando el general se volvió, encontrándose con la feroz mirada del raptor de su hija. El padre y el yerno se reconocieron de pronto. El capitán, como si el marqués no pesase nada, imprimió un movimiento contrario á sus manos y, en lugar de lanzarlo al mar, lo colocó de pie al lado del palo mayor. Un gran murmullo estalló de pronto sobre cubierta; pero entonces, el corsario dirigió una mirada á su gente, y el silencio más profundo reinó de pronto.

—¡Es el padre de Elena!—dijo el capitán con voz clara y firme.—¡Desgraciado del que no lo respetase!

Gozosas aclamaciones sonaron sobre cubierta y subieron al cielo como una oración de iglesia, como el primer grito del *Te Deum*. Los grumetes se balancearon en las cuerdas, los marinos lanzaron al aire sus gorras, los cañoneros movieron sus pies con alegría, todo el mundo se agitó, gritó, juró. La fanática expresión de aquella alegría puso al general inquieto y sombrío. Atribuyendo este sentimiento á algún horrible misterio, su primer grito, cuando recobró la palabra, fué:

—¡Mi hija! ¿dónde está?

El corsario dirigió al general una de esas profundas miradas que, sin saber por qué, trastornan á las almas más intrépidas; le hizo enmudecer, con gran satisfacción de los marineros, que se consideraban felices al ver que el poder de su jefe se ejercía sobre todos los seres; le acompañó después á una escalera, le hizo bajar, y, colocándolo delante de un camarote cuya puerta empujó con fuerza, le dijo:

—¡Ah! la tiene usted!

Después desapareció, dejando al anciano militar sumido en una especie de estupor al ver el cuadro que se ofrecía á sus ojos. Al oír que abrían la puerta de su cuarto con tanta fuerza, Elena se había levantado del diván en que descansaba y, al percibir al marqués, lanzó un grito de sorpresa. La pobre estaba tan cambiada, que sólo un padre hubiese podido reconocerla. El sol de los trópicos había embellecido su blanco rostro, dándole un tinte obscuro, un colorido maravilloso y una expresión de poesía oriental, que le comunicaban tal grandeza y majestad, que el alma más baja se hubiera impresionado al verla. Su larga y abundante cabellera, cayendo en forma de gruesos bucles sobre su elegante cuello, añadía aún no sé qué poder á la arrogancia de su cara. En su actitud y en sus gestos, Elena daba á entender la seguridad que tenía de su poder. Una triunfal satisfacción inflaba ligeramente las rosáceas ventanas de su nariz, y el desarrollo de su belleza era muestra indudable de su tranquilidad dicha. Había en toda ella una especie de suavidad de virgen y el orgullo propio de los que saben que son amados. Esclava y soberana, quería obedecer porque podía reinar. Iba vestida con una magnificencia llena de encanto y de elegancia. La muselina de Indias era el tejido con que esta-

ban hechos sus vestidos; pero el diván y los cojines eran de cachemira; una alfombra de Persia cubría el pavimento de su vasto camarote, y sus cuatro hijos jugaban á sus pies y construían extravagantes castillos con collares de perlas, alhajas preciosas y objetos de gran valor. Algunos floreros de porcelana de Sevres, pintados por la señora Jaquotot, contenían flores raras que embalsamaban el aire: había allí jazmines de Méjico y camelias, en medio de los cuales revoloteaban algunos pajarillos domesticados de América, que parecían contruidos de rubíes, de zafiros y de oro. Un piano se veía en uno de los lados del salón, y de las paredes, cubiertas de seda roja, pendían aquí y allí cuadros de escasa dimensión, pero debidos á los mejores pintores: una puesta de sol, por Hipólito Schinner, se encontraba al lado de un Terburg; una virgen de Rafael competía en poesía con un boceto de Gericault; un Gerardo Dow eclipsaba á los pintores de retratos del imperio. Sobre una mesita de laca de China se veía un plato de oro lleno de deliciosos frutos. Por fin, Elena parecía ser la reina de un vasto país, en medio de aquella habitación en la que su amante había reunido las cosas más elegantes de la tierra. Los niños fijaban en su abuelo sus ojos llenos de penetrante vivacidad y, acostumbrados como estaban á vivir en medio de los combates, de las tempestades y del tumulto, se parecían á aquellos pequeños romanos ávidos de guerra y de sangre, que David pintó en su cuadro de *Bruto*.

—¿Cómo es posible esto?—exclamó Elena como para asegurarse de la realidad de aquella visión.

—¡Elena!

—¡Padre mío!

Y se precipitaron uno en brazos de otro sin que fuese más fuerte ni más efectivo el abrazo del anciano.

—¿Estaba usted en ese buque?

—Sí—respondió el marqués con aire triste sentándose en el diván y mirando á los niños que, agrupados en torno suyo, le contemplaban á su vez con curiosa atención.—Hubiese perecido, á no haber sido por...

—Por mi marido, lo comprendo—dijo Elena interrumpiéndole.

—¡Ah! Elena mía, ¿por qué encontrarte así á ti, á quien tanto he llorado? De nuevo tendré que lamentar tu destino.

—¿Por qué?—preguntó la hija sonriendo.—¿No experi-

mentará usted un placer al saber que soy la mujer más feliz del mundo?

—¡Feliz!—exclamó el anciano dando un salto de sorpresa.

—Sí, papá querido—repuso cogiéndole las manos, besándolas, estrechándolas contra su seno y añadiendo á estas caricias un movimiento de cabeza que sus ojos, centelleantes de placer, hicieron aún más significativo.

—Y ¿cómo es eso?—le preguntó, deseoso de conocer la vida de su hija y olvidándolo todo ante aquella resplandeciente cara.

—Escuche usted, padre mío—respondió Elena.—Tengo por amante, por esposo, por servidor, por amo, á un hombre cuya alma es tan grande como ese mar sin límites, y tan fértil en dulzura como el cielo; en una palabra, un Dios. De siete años acá, jamás se le ha escapado una palabra, un gesto que pudiesen estar en desacuerdo con la divina armonía de sus discursos, de sus caricias y de su amor. Siempre me ha mirado, ostentando en sus labios una sonrisa de amigo y en sus ojos un rayo de alegría. Allá arriba, su voz tonante domina á veces los aullidos de la tempestad ó el tumulto de los combates; pero aquí es cariñoso y melodioso como la música de Rossini, cuyas obras hace llegar á mis manos. Todo lo que el capricho de una mujer puede desear, lo tengo, y á veces satisface con exceso mis deseos. En una palabra, que reino en el mar y soy aquí obedecida como pudiera serlo una soberana. ¡Oh! ¡feliz! ya lo creo; con la palabra feliz no se puede expresar mi dicha. Poseo todo lo que puede anhelar una mujer. Sentir un cariño y un apego sin límites por aquel á quien se ama, y encontrar en su corazón un sentimiento infinito en que el alma de una mujer se pierde, dígame, ¿no es esto la dicha? Es tanto lo que aquí he gozado, que puedo decir que mi vida equivale ya á mil vidas. Aquí estoy sola y aquí mando. Jamás criatura alguna de mi sexo ha puesto el pie en este noble navío, donde Víctor está siempre á algunos pasos de mí. La mayor distancia á que puede alejarse es de la popa á la proa—repuso Elena con fina expresión de malicia.—¡Siete años! Un amor que resiste durante siete años á este perpetuo goce, á esta prueba continua, ¿es acaso amor? ¡Oh! no, no, es mucho más que amor, es algo que no existe en la vida... y el lenguaje humano carece de palabras para expresar una dicha celestial.

Un torrente de lágrimas brotó entonces de sus ojos. Los

cuatro niños lanzaron entonces un grito plañidero, acudieron á ella como polluelos á su madre, y el mayor pegó al general mirándole con aire amenazador.

—Abel, ángel mío, lloro de alegría—dijo la madre, tomándole en brazos.

El niño la acarició familiarmente pasando sus brazos alrededor del majestuoso cuello de Elena, como un leoncillo cuando quiere jugar con su madre.

—Y ¿no te aburres aquí?—dijo el general, aturdido por la exaltada respuesta de su hija.

—Sí—respondió ésta,—en tierra, cuando desembarcamos, y eso que no me separo nunca de mi marido.

—Pero á ti te gustaban las fiestas, el baile, la música...

—La música es su voz; las fiestas son los adornos invento para él. Cuando un adorno mío le agrada, ¿no es como si la tierra entera me admirase? Por esto únicamente no arrojo al mar estos diamantes, estas diademas, estos adornos, estas riquezas, estas flores, estas obras de arte que él me prodiga diciéndome: «Elena, ya que no frecuentas el mundo, quiero que éste venga á ti».

—Pero, en este barco hay hombres audaces, terribles, cuyas pasiones...

—Lo comprendo á usted, padre mío—dijo Elena sonriendo.—Tranquílcese usted. Jamás emperatriz alguna ha gozado de más consideraciones que las que yo gozo aquí. Esa gente es supersticiosa, y cree que yo soy el genio tutelar de este navío, de sus empresas y de sus éxitos. Pero su verdadero Dios es *él*. Una sola vez, un día, hubo un marinero que me faltó al respeto... de palabra—añadió riéndose,—y antes de que Víctor hubiese podido saberlo, la misma tripulación lo arrojó al mar, á pesar de que yo le había concedido el perdón. Me aman como á su ángel bueno; los cuido en sus enfermedades, y he tenido la dicha de salvar á algunos de la muerte, velándolos con una perseverancia de mujer. Esas pobres gentes son gigantes y niños á la vez.

—¿Y cuando hay combates?

—Estoy acostumbrada á ellos—respondió la joven.—Sólo temblé en el primero... pero ahora mi alma está acostumbrada al peligro, y, por otra parte, soy hija de usted, y no temo.

—¿Y si él pereciese?

—Perecería yo también.

—¿Y tus hijos?

—Son hijos del Océano y del peligro y correrían la misma suerte que sus padres... Nuestra existencia es una, y ya sabemos que vivimos todos de la misma vida, que estamos inscritos en la misma página y que nos conduce una misma nave.

—¿De modo que le amas, hasta el punto de preferirlo á todo?

—A todo—repitió Elena.—Pero no sondemos este misterio. ¡Mire usted! Este hijo querido es su misma cara—dijo, estrechando á Abel con un vigor extraordinario é imprimiéndole abrasadores besos en la frente, en las mejillas y en los cabellos.

—Yo no podría olvidar que acaba de arrojar al mar nueve personas—dijo el general.

—Sin duda sería necesario hacerlo así, porque, por lo demás, es humanitario y generoso. Derrama la menor cantidad de sangre posible para la conservación y los intereses del pequeño mundo que protege y de la sagrada causa que defiende. Háblele usted de lo que le parezca mal y ya verá usted cómo le hace cambiar de opinión.

—¿Y su crimen?—dijo el general como si hablase consigo mismo.

—¿Su crimen! ¿y si fuese una virtud? ¿Y si la justicia humana no hubiese podido vengarle?—replicó Elena con dignidad.

—¿Tomarse la venganza por su mano!...

—¿Y el infierno?—preguntó la joven.—¿No es el infierno una venganza eterna, por algunas faltas de un momento?

—¡Ah! ¡estás perdida! ¡te ha embrujado! ¡te ha pervertido! ¡Desvarías!

—Padre mío, quédese usted aquí un día y, si le presta usted oídos, si le mira bien, estoy segura que acabará por amarle.

—Elena—dijo gravemente el general,—estamos á pocas leguas de Francia.

La hija se estremeció, miró por la ventanilla de su camarote y respondió, golpeando la alfombra con el pie:

—¡Ah! ¡he ahí mi país!

—Y ¿no vendrás á ver á tu madre, á tu hermana y á tus hermanos?

—¡Ah! sí, con tal que él quiera y pueda acompañarme—contestó Elena conteniendo las lágrimas.

—Pero, hija mía, ¿no te queda ya nada, ni país, ni familia?...—repuso severamente el militar.

—Yo no soy más que su mujer—replicó la joven con un acento lleno de arrogancia y de nobleza.—En siete años, esta es la primera alegría que no me proviene de él—añadió cogiendo la mano de su padre y besándola—y este es el primer reproche que oigo.

—¿Y tu conciencia?

—¡Mi conciencia es él!

Y como oyese ruido de pasos, se estremeció violentamente y dijo:

—Aquí viene. Hasta en el combate, en medio de todos los pasos, reconozco los suyos sobre cubierta.

Una oleada de sangre enrojeció sus mejillas, animó sus facciones, hizo brillar sus ojos, y su tez acabó por tomar un color blanco mate. En sus músculos, en sus azuladas venas y en el estremecimiento involuntario de su cuerpo se veía la dicha y el amor. Este movimiento de sensitiva emocionó al general. En efecto, un instante después el corsario entró, se sentó en un sofá, tomó á su hijo mayor y se puso á jugar con él. El silencio reinó un momento, durante el cual, el general, sumido en una meditación comparable á un vaporoso sueño, contempló aquel elegante camarote, semejante á un nido de alcones, donde aquella familia bogaba por el Océano hacía ya siete años, entre el cielo y las ondas, conducido por un hombre, á través de los peligros de la guerra y de las tempestades, del mismo modo que un hogar es guiado en la vida por un jefe, á través de las desdichas sociales... Contemplaba con admiración á su hija, imagen fantástica de una diosa marina, rica en belleza y en felicidad, y superando á todos los tesoros que la rodeaban, con los tesoros de su alma, el brillo de sus ojos y la indescriptible poesía que respiraba toda su persona. Aquella situación ofrecía un contraste que le sorprendía, y una sublimidad de pasión y de razonamiento que destruía las ideas vulgares. Las frías y mezquinas combinaciones de la sociedad expiraban ante aquel cuadro. El anciano militar sintió todas estas cosas y comprendió también que su hija no abandonaría nunca una vida tan fecunda en contrastes y amenizada por un amor verdadero, teniendo en cuenta además que si alguna vez había gustado el peligro sin haberse asustado, era imposible que se decidiese á volver á la vida ordinaria, donde le abu-

rirían las escenas de un mundo tan mezquino y limitado.

—¿Les molesto á ustedes?—preguntó el corsario rompiendo el silencio y mirando á su mujer.

—No—le respondió el general,—Elena me lo ha contado todo, y veo que está perdida para nosotros.

—No—replicó vivamente el corsario;—dentro de algunos años la prescripción me permitirá volver á Francia. Cuando la conciencia está tranquila y cuando se ha faltado á las leyes sociales por obedecer á...

Y se calló, creyendo inútil justificarse.

—Y ¿cómo puede usted dejar de sentir remordimientos por los nuevos asesinatos que acaban de cometerse en mi presencia?—le preguntó el general.

—No tenemos víveres—replicó tranquilamente el corsario.

—Pero desembarcando á esos hombres en la costa...

—Nos hubiera podido cortar la retirada algún navío, y no podríamos llegar á Chile.

—Pero antes de que hubiesen podido avisar de Francia al almirantazgo de España...—dijo el general interrumpiéndole.

—Sí, pero Francia podría ver con malos ojos que un hombre que está sujeto aún á una causa criminal hubiese apresado un bergantín fletado por bordeleses. Por otra parte, ¿no ha tirado usted nunca algunos cañonazos de más en el campo de batalla?

El general, intimidado por la mirada del corsario, se calló, y su hija le miró con aire que expresaba tanto triunfo como melancolía.

—General—dijo el corsario con profunda voz,—he dictado una ley en el buque por la cual no es posible distraer nunca parte alguna del botín. Pero no hay duda de que la parte que me ha de corresponder ha de ser superior á la cantidad á que asciende la fortuna de usted. Permítame, pues, que se la restituya en otra moneda—añadió, tomando del cajón del piano un fajo de billetes y entregando un millón al marqués.—Ya comprenderá usted que no podemos detenernos aquí. Ahora bien, á menos que no le seduzcan á usted los peligros de nuestra vida errante, las escenas de la América meridional, las noches de los trópicos, nuestras batallas y el placer de hacer triunfar el pabellón de una nación joven ó el nombre de Simón Bolívar, es preciso que nos separemos. Una chalupa y hombres fieles le aguardan á usted. Espe-

ramos tener un tercer encuentro, que confío ha de ser completamente feliz...

—Victor, desearía ver á mi padre un momento más—dijo Elena con tono mohino.

—Diez minutos más ó menos pueden hacer que nos encontremos frente á una fragata. Pero sea; después de todo, la gente se aburre y nos divertiremos un poco.

—¡Oh! no, váyase usted, padre mío—exclamó la mujer del corsario,—y lleve usted estos recuerdos á mi hermana, á mis hermanos y á... mi madre—añadió tomando un puñado de piedras preciosas, de collares y de alhajas, envolviéndolos en una cachemira y presentándoselos con timidez.

—Y ¿qué quieres que les diga de tu parte?—preguntó pareciendo sorprendido al ver la duda que su hija había denotado antes de pronunciar la palabra *madre*.

—¡Oh! ¿duda usted acaso de mi cariño? Dígalos usted que todos los días hago votos por su dicha.

—Elena—repuso el anciano mirando á su hija con atención,—¿no volveré á verte más? ¿no sabré nunca el motivo de tu huída?

—Ese secreto no me pertenece—dijo la joven con gravedad.—Pero aunque tuviera derecho á comunicárselo, me parece que no se lo revelaría. Durante diez años he sufrido males inauditos...

Al llegar aquí, no continuó y tendió á su padre los regalos que destinaba á su familia. El general, acostumbrado con los acontecimientos de la guerra á ideas poco escrupulosas en materia de botín, aceptó los regalos que le ofreció su hija, y se complació en pensar que bajo la inspiración de un alma tan pura y tan elevada como la de Elena, el capitán parisiense no dejaba de ser hombre honrado por hacer la guerra á los españoles. Por otra parte, su pasión por los valientes le cegó. Pensando que sería ridículo mostrarse hipócrita, estrechó vigorosamente la mano del corsario, abrazó á Elena, su única hija, con aquella efusión propia del soldado, y dejó rodar una lágrima por aquel rostro cuya arrogancia y varonil expresión le habían sonreído más de una vez. El marino, muy emocionado, le rogó que bendijese á sus hijos, y, por fin, todos se dieron un último adiós con una mirada que no estuvo desprovista de ternura.

—¡Sed siempre felices!—exclamó el abuelo antes de subir á cubierta.

En el mar esperaba al general un singular espectáculo. El *San Fernando*, entregado á las llamas, ardía como si fuese de paja. Los marineros encargados de echar á pique el bergantín español se apercibieron de que éste llevaba á bordo un cargamento de ron, licor que abundaba en el *Otelo*, y quisieron divertirse formando un gran ponche en pleno mar. La diversión era bastante perdonable tratándose de gentes á las que la aparente monotonía del mar hacía aprovechar cuantas ocasiones tenían para animar su vida. Al bajar del bergantín á la chalupa del *San Fernando*, armada de seis vigorosos marineros, el general compartía involuntariamente su atención entre el incendio del *San Fernando* y su hija apoyada en el corsario, ambos de pie en la popa del buque. En medio de tantos recuerdos, viendo las ropas blancas de Elena, que flotaban ligeras como una vela más, viendo en el Océano aquella grande y hermosa figura, bastante imponente para dominarlo todo, hasta el mar, el general, con la despreocupación propia de un militar, olvidaba que marchaba sobre la tumba del valiente Gómez. Encima de su cabeza cerníase, cual negra nube, una inmensa columna de humo, y los rayos del sol, atravesándola por distintos puntos, le comunicaban poéticos resplandores. Aquello era un segundo cielo, una bóveda sombría bajo la cual brillaban especies de arañas y sobre la cual se cernía el inalterable azul del firmamento, que parecía mil veces más hermoso en medio de aquel efímero contraste. Los raros colores de aquel humo, tan pronto amarillo, rubio, encarnado, negro, matizados vaporosamente, cubrían al bergantín, que chisporroteaba, crujía y chirriaba. La llama silbaba al comunicarse á las cuerdas, y se extendía por todo el buque como se extiende la sedición popular por las calles de la ciudad. El ron producía llamas azuladas, que oscilaban como si el genio de los mares hubiese agitado aquel licor furibundo, lo mismo que la mano de un estudiante mueve la gozosa llama de un ponche en una orgía. Pero el sol, más poderoso que la luz, celoso de aquel insolente resplandor, apenas dejaba ver con sus rayos los colores del incendio. El *Otelo* aprovechaba, para huir, el poco viento que soplaba en aquella nueva dirección, y se inclinaba tan pronto á un lado como á otro, cual si fuese una cometa balanceada en los aires. Aquel hermoso bergantín se encaminaba hacia el sur, y tan pronto se ocultaba á los ojos del general, desapareciendo detrás de la

columna derecha del incendio cuya sombra se reflejaba fantásticamente en las aguas, como aparecía levantándose con gracia y huyendo. Cada vez que Elena podía ver á su padre, agitaba el pañuelo para saludarle. El *San Fernando* no tardó en irse á pique, produciendo un remolino que fué en seguida extinguido por el Océano. Entonces, de toda aquella escena no quedó más que una nube balanceada por la brisa. El *Otelo* estaba lejos, la chalupa se aproximaba á tierra, y la nube se interpuso entre esta frágil embarcación y el bergantín. La última vez que el general vió á su hija, fué á través de un claro de aquel ondulante humo. ¡Visión profética! El pañuelo blanco y las ropas eran lo único que se destacaba en aquel fondo grisáceo. Entre las verdes aguas y entre el azul del cielo, el bergantín no se veía ya. Elena no era más que un punto imperceptible, una línea delicada, un ángel en el cielo, una idea, un recuerdo.

Después de haber restablecido su fortuna, el marqués murió agobiado por la fatiga. Algunos meses después de su muerte, en 1835, la marquesa se vió obligada á llevar á Moina á las aguas de los Pirineos. La caprichosa niña quiso admirar las bellezas de estas montañas.

Volvió de las aguas, y á su vuelta ocurrió la siguiente horrible escena.

—¡Dios mío! mamá—dijo Moina—¡qué mal hemos hecho en no permanecer algunos días más en aquellas montañas! Estábamos mucho mejor allí. ¿Ha oído usted los gemidos de ese maldito muchacho y la charla de esa desgraciada mujer, que habla sin duda en patuá, pues no he podido comprender ni una palabra de lo que decía? ¡Qué clase de vecinos nos han encajado! Esta noche es una de las más espantosas que he pasado en mi vida.

—Hija mía, yo no he oído nada—respondió la marquesa, —pero veré al fondista, le pediré el cuarto inmediato y así estaremos solas y no oiremos el ruido. ¿Cómo te encuentras hoy? ¿estás cansada?

Al mismo tiempo que decía estas palabras, la marquesa se había levantado para ir al lado de la cama de Moina.

—¿A ver?—dijo buscando la mano de su hija.

—¡Oh! déjame, mamá, ¡qué fría estás!—respondió Moina.

Y la joven se abrazó á la almohada, haciendo un mohín tan gracioso, que era difícil que una madre se ofendiese. En este momento, una queja cuyo prolongado y cariñoso acento

debía desgarrar el corazón de una mujer, se oyó en el cuarto inmediato.

—Pero si has oído eso durante toda la noche, ¿por qué no me has despertado? Hubiéramos...

Un gemido más profundo que los demás interrumpió á la marquesa, que exclamó:

—¡Alguien está muriéndose ahí!

Y salió precipitadamente.

—Enviame á Paulina, pues voy á vestirme, le gritó Moina.

La marquesa bajó inmediatamente y encontró á la fondista en el patio rodeada de algunas personas que parecían escucharla atentamente.

—Señora, ha puesto usted en el cuarto contiguo al nuestro una persona que parece que sufre mucho.

—¡Ah! ¡no me hable usted!—exclamó la fondista—ahora mismo acabo de mandar á buscar al alcalde. Figúrese usted que es una mujer, una pobre desgraciada que llegó ayer por la noche, á pie, de España, sin pasaporte, y sin dinero. Llegaba al hombro un niño muribundo, y yo no tuve más remedio que recibirla. Esta mañana he ido yo misma á verla, porque ayer, cuando se hospedó aquí, me causó una pena atroz. ¡Pobre mujer! estaba acostada con su hijo, y ambos luchaban con la muerte... «Señora, me dijo quitándose un anillo de oro del dedo y entregándomelo, no poseo más que esto y le ruego que lo acepte para cobrarse; me parece que bastará, porque no creo que permanezcamos mucho tiempo aquí. ¡Pobre hijo mío! ¡vamos á morir juntos». Y cuando decía esto, miraba á su hijo. Yo tomé el anillo y le pregunté quién era, pero no quiso de ninguna manera decirme su nombre... Ahora mismo acabo de mandar á buscar al médico y al alcalde.

—Pero préstele usted, por de pronto, los auxilios que crea necesarios—exclamó la marquesa.—¡Dios mío! ¿quién sabe si se podrá aún salvar? Yo le pagaré todo lo que gaste.

—¡Ah! señora, tiene trazas de ser muy orgullosa, y no sé si querrá aceptar nada.

—Iré á verla yo misma...

Y acto continuo, la marquesa subió á la habitación de la desconocida, sin pensar en el mal que su presencia podía ocasionar á aquella mujer en un momento en que parecía estar moribunda, llevando ella, como llevaba aún, luto. Al ver á la moribunda, la marquesa palideció; pues, á pesar de

los horribles sufrimientos que habían alterado la hermosa fisonomía de Elena, no dejó de reconocer en ella á su hija mayor.

Al ver á una mujer vestida de luto, Elena se irguió en el lecho, lanzó un grito de terror y volvió á caer pausadamente cuando reconoció á su madre en aquella mujer.

—¡Hija mía!—dijo la señora de Aiglemont—¿qué necesitas? ¡Paulina!... ¡Moina!...

—Ya no necesito nada—respondió Elena con débil voz.— Esperaba volver á ver á mi padre; pero el luto de usted me anuncia...

No acabó la frase; estrechó á su hijo contra su corazón como para calentarle, le besó en la frente y dirigió á su madre una mirada en la que se leía aún el reproche, si bien atemperado por el perdón. La marquesa no quiso ver aquel reproche; olvidó que Elena fuese una hija concebida antaño con lágrimas y con desesperación, la hija del deber, la hija que había sido causa de sus mayores desgracias, y avanzó pausadamente hacia ella, acordándose únicamente de que Elena, su primer vástago, le había hecho conocer los primeros placeres de la maternidad. Los ojos de la madre derramaban abundantes lágrimas, y, al mismo tiempo que abrazaba á su hija, exclamó:

—¡Elena! ¡hija mía!

Pero Elena guardaba silencio porque acababa de aspirar el último suspiro de su último hijo.

En este momento, Moina, su camarera Paulina, la posadera y un médico, entraron. La marquesa tenía entre sus manos la helada mano de su hija y la contemplaba con verdadera desesperación. Exasperada por la desgracia, la viuda del marino, que acababa de escapar de un naufragio en el que sólo había salvado á un hijo, dijo á su madre con voz horrible:

—¡Todo esto es obra de usted! Si usted hubiese sido para mí lo que...

—¡Moina, sal de aquí... salid todos!—gritó la señora de Aiglemont ahogando la voz de Elena con los gritos de la suya.—Hija mía—repuso,—no renovemos, por Dios, en este momento los combates...

—Me callaré—respondió Elena haciendo un esfuerzo sobrehumano.—Soy madre y sé que Moina no debe... ¿Dónde está mi hijo?

Moina, llevada por la curiosidad, entró.

—Hermana mía—dijo aquella niña mimada,—el médico...

—Todo es inútil—repuso Elena.—¡Ah! ¿por qué no morí á los diez y seis años, cuando quería matarme? La dicha no puede encontrarse más que bajo el amparo de las leyes... Moina... tú...

Y murió, apoyando la cabeza en la de su hijo, á quien había estrechado convulsivamente.

—Moina, tu hermana quería, sin duda, decirte—repuso la señora de Aiglemont derramando abundantes lágrimas una vez que estuvo en su habitación—que una joven no puede ser dichosa nunca dejándose llevar de ideas novelescas, y sobre todo estando lejos de su madre.

VI

LA VEJEZ DE UNA MADRE CULPABLE

Durante uno de los primeros días del mes de junio de 1844, una dama de unos cincuenta años, pero que representaba aun más edad de la que tenía, se paseaba sola á las doce del día á lo largo de una calle de árboles del jardín de un gran palacio situado en la calle Plumet, en París. Después de haber dado dos ó tres vueltas por el sinuoso sendero en que permanecía para no perder de vista las ventanas de una habitación que parecía llamar toda su atención, fué á sentarse en uno de esos sofás medio rústicos que se fabrican con ramas de árbol provistas de corteza. Desde el sitio en que se encontraba este elegante asiento, la dama podía abrazar, á través de una de las rejas, los bulevares interiores en medio de los cuales se levanta el admirable edificio de los Inválidos, que saca su cúpula de oro á través de las cimas de un millar de olmos, y el aspecto no menos grandioso de su jardín terminado por la fachada gris de uno de los palacios más hermosos del arrabal Saint-Germain. Todo estaba allí silencioso: los jardines vecinos, los bulevares, los Inválidos; pues en aquel noble arrabal, el día no empieza hasta las doce. A no ser por algún capricho, á menos que á alguna joven no le dé gana de montar á caballo, ó que un

diplomático no tenga que hacer algún protocolo, á aquella hora, amos y criados duermen ó empiezan á despertar.

Esta anciana y madrugadora dama era la señora de Aiglemont, madre de la señora de Saint-Hereen, á quien pertenecía aquel hermoso palacio. La marquesa se había privado de él por su hija, á la que había dotado con toda su fortuna, reservándose únicamente una pensión vitalicia. La condesa Moina de Saint-Hereen era la última hija de la señora de Aiglemont. Para lograr su casamiento con el heredero de una de las casas más ilustres de Francia, la marquesa lo había sacrificado todo. Pero nada era más natural, pues había perdido sucesivamente á dos hijos: uno de ellos, Gustavo, murió del cólera; y el otro, Abel, sucumbió en Constantina. Gustavo dejó hijos y viuda. Pero el cariño bastante frío que la señora de Aiglemont sentía por sus dos hijos, se había enfriado aun más al trasladarse á sus nietos. Se trataba con la señora de Aiglemont la joven; pero sus relaciones se limitaban á ese sentimiento superficial, que el buen gusto y las conveniencias nos prescriben para con nuestros semejantes. Habiendo sido liquidada por completo la fortuna de sus hijos muertos, había reservado para su querida Moina su fortuna y sus propios bienes. Moina, hermosa y encantadora desde su infancia, había sido siempre objeto, para la señora de Aiglemont, de una de esas predilecciones innatas ó involuntarias en las madres de familia; fatales simpatías que parecen inexplicables, pero que los buenos observadores se explican perfectamente. El rostro encantador de Moina, el sonido de la voz de aquella hija querida, sus modales, su manera de andar, su fisonomía, sus gestos, todo despertaba en la marquesa las emociones más profundas que pueden turbar, animar ó encantar el corazón de una madre. El principio de su vida presente, de su vida futura y de su vida pasada estaba en el corazón de aquella joven, donde había procurado derramar todos sus tesoros. Por fortuna, Moina había sobrevivido á cuatro hijos, todos ellos mayores que ella. En efecto; según decía la gente, la señora de Aiglemont había perdido de la manera más desgraciada una hija, cuyo paradero era casi desconocido, y un niño de cinco años, víctima de una horrible catástrofe. La marquesa vió, sin duda, un presagio del cielo en el respeto que la suerte parecía sentir por la hija de su corazón, y no dedicaba más que débiles recuerdos á los hijos aniquilados se-